

CHARO PITA, GANADORA DE LA IV EDICIÓN DE CUENTOS DE INVIERNO

"Este cuento nació de mi incapacidad para coser"



Un total de 817 cuentos han participado en esta nueva edición del Certamen Caja Navarra de Cuentos de Invierno.

Este año llegaron

por primera vez obras desde Argentina, México, Cuba, Chile... El premio ha recaído en Charo Pita, una coruñesa que conoce bien el paño: no sólo escribe relatos tan bien hilvanados como "Inviernos a medida" (lo pueden leer en las páginas siguientes), sino que además trabaja como cuentacuentos. Hemos hablado con ella.

Cuando Charo y sus hermanas eran pequeñas, su madre les llevaba a una modista para que les cosiera la ropa. Se llamaba Nieves, como la protagonista del cuento ganador, aunque la autora reconoce que no se parece nada a su personaje. "Creo que este cuento ha nacido fruto de mi incapacidad para coser. Para la costura soy inútil, y sin embargo admiro a esas ingenieras de la costura, que tienen la capacidad de crear con unas telas", confiesa esta coruñesa que pronto cumplirá 41 años, madre de tres hijos adolescentes (Iria, de 16 años; Jano, de 15; y Nadia, de 13). **Al escribir la historia**, se sorprendió de la cantidad de vocabulario que conocía relacionado con la costura. Sisa, bastilla, alfiletero, orillo... las palabras venían a su mente con una fluidez increíble. "A pesar de que yo no sé coser", insiste, respondiendo a la pregunta de si precisó ojear a menudo el diccionario para hilvanar su cuento. Licenciada en Filología Hispánica, también ha realizado estudios de interpretación, pero su verdadera pasión es escribir. "Suelo decir que yo

nací a los seis años de edad, cuando terminé de leer mi primer libro", explica Charo, porque para ella lo que define a un escritor no es que publique sino que escriba. En su caso, coinciden ambas cosas, porque ha conseguido sacar a la luz **dos álbumes infantiles**, *Igor* (Ed. Kalandraka) y *Alguien de alguna parte* (Ed. Brosquil), ambos ilustrados por Carmela Mayor; un libro de **cuentos para adultos**, *A la sombra del cuento* (Ed. Palabras del Candil); y **otro de poesía**, *Desde Arcadia hasta Govinda*, que recibió el premio Espiral Mayor convocado por la editorial gallega que lleva su nombre. Su trabajo más reciente, una obra de teatro para el público infantil, *El rincón de Anabel*. **¿Qué autores le gustan?** En esta época, dos, italianos: **Erri de Luca** y **Alessandro Baricco**. "Me encanta la obra de Erri de Luca *Tres caballos*, la historia de un hombre que se fue a Argentina por amor, y otra más reciente, *Tras las huellas de Nives*, editado por Siruela, en la que entrevista a la célebre escaladora, Nives Meroi. Es un autor que me interesa, porque crea unas imágenes muy sugerentes. Además, fue obrero durante veinte años, y es aficionado a la alta montaña". De Baricco destaca *Tierras de cristal*, por su prosa poética. Charo compagina la escritura con su trabajo de **contadora de cuentos** –labor que desarrolla en colegios, centros culturales, auditorios, etc.– y **con el teatro** en sus diversas facetas, montajes, dirección, interpretación... Para recibir el premio de Caja Navarra, viajó hasta Pamplona desde Santiago de Compostela, ciudad donde reside. En el auditorio de Civican leyó con mucho arte *Inviernos a medida* y dejó en el aire sus puntadas poéticas. Un bonito abrigo de palabras para recibir el nuevo año. Continuará...

"Tras las huellas de Nives", Erri de Luca. Ed. Siruela. 136 págs. El escritor dialoga con Nives Meroi, una de las tres mujeres que ha ascendido siete ochomiles. Un libro que a Charo Pita le ha encantado.



PREMIO DEL IV CERTAMEN CAJA NAVARRA
DE CUENTOS DE INVIERNO

Inviernos a medida

CHARO PITA

Ilustraciones: Beatriz Menéndez

Las primeras heladas eran el aviso. Al principio, tercamente instaladas en la incertidumbre del invierno, evitábamos entrar en los armarios y revisar las prendas más gruesas envueltas en un tufo a naftalina que salía en oleadas con sólo entreabrir puertas y cajones, un olor entre penetrante y seco que hacía a las ropas pasadas de moda aunque se hubiesen estrenado un año antes. Tras el primer catarro no tardábamos en olvidar los remangues del verano y nos lanzábamos de lleno a comprobar los estragos que unos pocos meses habían hecho en nuestros cuerpos: los brazos, demasiado largos, sobresalían desnudos por entre las mangas de los abrigos, demasiado cortos; las faldas rebasaban los límites de la decencia escalando por encima de los muslos; las pantorrillas, extrañamente cuajadas de pelos, apenas se lograban esconder tras las bastillas,

*Sólo con pronunciar
su nombre,
Nebes Trasmontes
ya nos abrigaba*

reducidas al dedillo. Era entonces cuando alguna de nosotras susurraba: “Deberíamos visitar a Neves”. Mi padre y mi hermano Adrián callaban, como si gracias a la virilidad de su aspecto fueran inmunes al frío, pero en su interior Adrián experimentaba el mismo alivio que nosotras porque en casa todas las mujeres sabíamos, también él, que en el mismo instante en que se hablaba de aquella modista portuguesa que manejaba el pespunte con la habilidad de una maga, los primeros arañazos invernales se deshacían del mismo modo que se diluye la escarcha bajo un soplo de aliento. Sólo con pronunciar su nombre, Neves Trasmontes ya nos abrigaba. Aquella mujer de habla sibilante, melena africana, piel blanca y ojos grises tan claros que se confundían con las nubes, era la portuguesa de aspecto más nórdico que vería en mi vida, como si su cuerpo menudo lo >>

Mi hermano disfrutaba en silencio de aquel ritual y con la mirada acurrucada en una esquina...

>> hubieran hilvanado manos de múltiples razas. Todos los años íbamos por su casa dos sábados de enero, temerosas de borrasca, cargadas de retales que ella combinaba palpando el tejido, valorando de ese modo la hermosura del paño, la pana o la franela, sin necesidad de la mirada para juzgar la intensidad del color o la calidez de la urdimbre.

—O inverno é um amigo especial, um amigo de aperta moito gélida. Há que aprender a querelo. E isto ajuda —nos decía esgrimiendo las telas y yo pensaba que tal vez gracias a la encrucijada climática que se percibía en sus orígenes, Neves Trasmontes había adquirido ese don de templar estaciones—.

—Aquí ha una camisa moito quente, imaginaba Neves, al tiempo que sus dedos viajaban por el género. Aquí um sobretodo envolvente e resguardado para os días polares, e aquí...

Mi madre, mis hermanas y yo misma nos entregábamos a ella y la dejábamos cortar, enhebrar, coser, descoser, rematar, deshilacharnos los orillos, abrirnos caminos con la aguja, aquí una puntada, allá un alfiler, un poco más de bastilla, un poco menos de sisa, buscando de reojo algún espejo en el que poder disfrutar de nuestra figura invernal todavía en confección. Mi hermano disfrutaba en silencio de aquel ritual y con la mirada acurrucada en una esquina, trataba de olvidar las palabras que cada solsticio le repetía su padre quien, incapaz de comprender los milagros que la costurera tejía, llenaba su armario con ropa de almacén. “A tu edad no me importa que tengas la cabeza a pájaros”, le espetaba. “Pero no dejes que una modista de tres al cuarto te remiende el gusto, chaval”.

De pronto, ajeno por completo al mandato paterno, el índice implacable de la modista se adelantaba y señalaba a mi hermano con sugerente cimbreo. Adrián contemplaba el dedal que invierno tras invierno lo seducía con su danza de hilvanes, se ponía colorado y, por fin, se levantaba. Su silueta desgarbada parecía un brote indefenso en mitad de un temporal: de pie en el centro del cuarto, los ojos cerrados, el pulso acelerado, la respiración jadeante, intentaba concentrarse en algo que no fuese la tibieza de aquellas costuras con las que Neves Trasmontes le iba organizando las carnes.

Así íbamos creciendo a través de los inviernos, dotadas de una vestimenta que amansaba los fríos. Así iba madurando mi hermano bajo el amparo de Neves, ampliando su pecho de geografías y encajes, así hasta que cumplió dieciocho años. Era el primer sábado de enero y, de acuerdo con la costumbre, preparábamos la visita anual a la modista. Entonces, llegó mi padre.

—Tú no vas —dijo dándole a mi hermano un manotazo amistoso—. Este invierno lo pasas a pelo. Ya no tienes edad para amores de costura.

Ante una señal de nuestra madre todas las hermanas recogimos los retales y salimos sin hacer ruido dejando a Adrián abandonado a su sexo. Hasta las diez de la noche no regresamos a casa. El frío blanqueaba las calles, pero después de visitar a Neves traíamos el ánimo alegre, vestido como para una fiesta. Sólo cuando la llave gimió en la cerradura, nos acordamos de él. No sin cierto remordimiento, ideando alguna disculpa, abrimos la puerta y nos detuvimos en seco: sobre el sofá del salón, junto a un alfiletero,

...intentaba concentrarse en algo que no fuese la tibieza de aquellas costuras con las que Neves Trasmontes le iba organizando las carnes...

una bobina de hilo, dos botones y un dedal se sentaba Adrián empuñando aguja y tijeras con fervor de enamorado, las piernas cubiertas con una tela de abrigo. Nunca supimos qué ocurrió aquella tarde. Contra todo pronóstico, cuando mi padre entró en el cuarto no hizo ningún comentario despectivo. Tampoco se le oyó protestar al sábado siguiente cuando Adrián nos acompañó a casa de Neves apretando bajo el

brazo su primera obra maestra: una camiseta de paño con el cuello torcido.

Y tres años más tarde, el día en que nuestro hermano inauguró Inviernos a Medida, la que con el tiempo se convertiría en la más famosa sastrería de la comarca, y anunció su compromiso con Neves Trasmontes, hechicera de la puntada y quince años mayor que él, mi padre entró el primero en la tienda, se quitó la chaqueta, puso los brazos en cruz, se dejó rodear por la cinta métrica y suspirando comentó:

—Está claro, con el invierno no hay quién pueda.

fin

